

A woman in 18th-century attire is shown from the chest down, standing on a wooden staircase. She is wearing a dark blue jacket over a white, polka-dotted waistcoat and a white cravat. Her right hand is tucked into her waistcoat, and her left hand rests on the wooden balustrade. The background is a dark, wood-paneled wall.

Stephanie Laurens

Conquistada

∞ EL CLUB BASTION ∞

*El club Bastion.
Conquistada*

Stephanie Laurens

Esencia/Planeta



Septiembre de 1816
Coquetdale, Northumbria

«Se suponía que no debería haber sido así.»

Envuelto en su capa, solo sobre el pescante de su excelente carruaje, Royce Henry Varisey, décimo duque de Wolverstone, hizo girar por el camino secundario que llevaba a Shaperton y Harbottle a los últimos caballos de posta con los que había recorrido a toda velocidad el camino que procedía de Londres. Las laderas suavemente redondeadas de las colinas Cheviot lo acogían como lo harían los brazos de una madre. El castillo de Wolverstone, su hogar de la infancia y su recientemente heredada principal propiedad, se encontraba próximo a la aldea de Alwinton, más allá de Harbottle.

Uno de los caballos perdió el paso; Royce se dio cuenta, refrenó a los dos animales hasta que volvieron a ir al compás y luego los urgió a continuar. Estaban agotados. Sus propios corceles de pura raza lo habían llevado hasta St. Neots el lunes. A partir de ahí, había cambiado de caballos cada ochenta kilómetros más o menos.

Era miércoles por la mañana y se encontraba muy lejos de Londres. Tras dieciséis largos años, estaba entrando de nuevo en las tierras que eran su hogar, un territorio ancestral. Rothbury y los sombríos calveros de su bosque quedaron atrás. Delante lo esperaban las faldas de las colinas Cheviot, onduladas y prácticamente desprovistas de árboles, salpicadas aquí y allá con los inevitables rebaños de ovejas. Su columna vertebral, la frontera con Escocia, quedaba más allá.

Las colinas y aquella frontera habían desempeñado un papel vital en la evolución del ducado, que el rey creó tras la Conquista para proteger Inglaterra del expolio de los saqueadores escoceses. Los

sucesivos señores de Wolverstone, popularmente conocidos como los Lobos del Norte, habían disfrutado durante siglos de privilegios propios de la realeza dentro de sus dominios.

Y muchos dirían que aún lo hacían.

Sin duda seguían siendo un clan sumamente poderoso, que había aumentado su riqueza gracias a su habilidad en el campo de batalla, y la habían protegido convenciendo a los sucesivos soberanos de que lo mejor era dejar tranquilos a aquellos astutos hombres, antiguos hacedores de reyes y políticamente influyentes, y dejar que siguieran en los territorios fronterizos como habían hecho desde que pusieron sus pies normandos, elegantemente calzados, en suelo inglés.

Royce estudió el terreno con una visión dulcificada por la ausencia. Al recordar su linaje, se preguntó de nuevo si su tradicional independencia como señores de la marca que les había concedido su título —una independencia por la que originariamente habían luchado y que habían ganado, reconocida por tradición y otorgada por decreto real para, más tarde, ser legalmente rescindida, pero nunca verdaderamente arrebatada y mucho menos entregada— no habría sustentado la desavenencia entre padre e hijo.

Su padre había pertenecido a la vieja escuela del señorío, la cual incluía a la mayoría de sus pares coetáneos. Según sus creencias, la lealtad, tanto al país como al soberano, era un bien intercambiable y en venta, algo a lo que tanto la Corona como el país debían poner un precio adecuado antes de que se les concediera. Aún más que eso, para los duques y los condes de la ralea de su padre, la palabra «país» tenía un significado ambiguo. Ellos eran reyes en sus propios dominios, su principal preocupación, mientras que el reino tenía una nebulosa y distante existencia. Sin duda, suponía una reclamación menor sobre su honor.

Por su parte, Royce, aunque reconocía que jurar lealtad a la actual monarquía —al loco rey Jorge y a su disoluto hijo, el príncipe regente— no era una propuesta atractiva, no había dudado en jurar esa lealtad y servir a su país, Inglaterra.

Como único hijo varón de una poderosa familia ducal y, por tanto, eximido por una larga tradición de servir en el campo de batalla, cuando a la temprana edad de veintidós años le habían propuesto crear una red de espías ingleses en suelo extranjero, no había dejado escapar la oportunidad. El puesto no sólo le ofrecía la posibilidad de contribuir a la derrota de Napoleón, sino que, con sus importantes contactos familiares y personales, sumados a su inherente capacidad de inspirar y dirigir, estaba hecho a su medida. Desde el principio, le había encajado como un guante.

Sin embargo, para su padre, eso había sido una deshonra para el nombre y el título, una mancha en el honor de la familia. Sus anticuadas creencias consideraban el espionaje como una actividad absolutamente deshonrosa, aunque los espías fueran enemigos militarmente activos. Y ésa era una idea compartida por muchos de sus pares en aquella época.

Por si eso fuera poco, cuando Royce se negó a rechazar la propuesta, su padre le preparó una emboscada pública en *White's*, a una hora de la noche en la que el club estaba siempre atestado. Con sus amigos respaldándolo, lo había criticado en público y en unos términos vilipendiosos y estridentes.

Durante su perorata, declaró triunfalmente que si Royce se negaba a acatar su edicto y servía en el puesto para el que había sido reclutado, sería como si él, el noveno duque, no tuviera ningún hijo.

Incluso en medio de la intensa cólera que el ataque de su padre le había provocado, Royce fue consciente de ese «como si». Él era el único hijo varón legítimo del duque, por lo que, por muy furioso que estuviera éste, no lo desheredaría formalmente. El veto, sin embargo, le prohibía la entrada a todas las tierras y propiedades familiares.

Sobre la lujosa alfombra carmesí del exclusivo club, rodeado por un ejército de fascinados miembros de la aristocracia, Royce esperó sin inmutarse hasta que su furioso padre puso fin a aquel discurso tan bien ensayado. Esperó hasta que el expectante silencio que los rodeaba se volvió más denso para pronunciar tres palabras: «Como tú deseas».

Acto seguido, dio media vuelta y se marchó. A partir de ese día, dejó de ser el hijo del duque y adoptó el nombre de Dalziel, que sacó de una oscura rama del árbol genealógico materno. Algo bastante adecuado, en vista de que había sido su abuelo materno —ya fallecido para entonces— quien le había enseñado el credo según el cual Royce había decidido vivir. Mientras que los Varisey eran señores de las marcas, encargados de proteger las tierras fronterizas, los Debraigh no eran menos poderosos, pero sus tierras se encontraban en el corazón de Inglaterra y habían servido desinteresadamente al rey y al país —sobre todo al país— durante siglos. Como guerreros y hombres de Estado, los Debraigh habían sido la mano derecha de innumerables monarcas y el deber hacia su pueblo era algo que llevaban profundamente arraigado.

Aunque lamentaban la desavenencia con su padre, habían aprobado la posición de Royce.

A pesar de ello, muy consciente incluso entonces de la dinámica del poder, él los había disuadido de que le mostraran activamente su apoyo. Cuando su tío, el conde de Catersham, le escribió preguntándole si había algo que pudiera hacer, Royce le respondió con una negativa, del mismo modo que lo había hecho a una consulta similar por parte de su madre. Su lucha era con su padre y no debía implicar a nadie más.

Ésa había sido su decisión, a la que se había mantenido fiel a lo largo de los siguientes dieciséis años. Nadie esperaba que costara tanto tiempo vencer a Napoleón. Pero así había sido.

Durante esos años, había reclutado a los mejores miembros de su generación de la Guardia Real, los había organizado en una red de agentes secretos y los había infiltrado con éxito en los territorios de Napoleón. Su éxito se había convertido en material de leyenda. Quienes tenían conocimiento de su trabajo atribuían a su organización el mérito de haber salvado incontables vidas británicas y de haber contribuido directamente a la caída de Napoleón.

Había sido una buena época. Sin embargo, con el emperador francés de camino a la isla de Santa Elena, había liberado a sus hom-

bres de sus deberes para que regresaran a la vida civil y, desde el lunes, él también había dejado atrás su anterior vida, la vida de Dalziel.

Pero desde luego, no esperaba asumir ningún título más allá del de cortesía de marqués de Winchelsea. No creía que fuera a tener que hacerse cargo de golpe del control del ducado y todo lo que eso conllevaba.

Su destierro —no había esperado que su padre cediera más de lo que él mismo lo había hecho— lo había mantenido lejos de las casas, las tierras y las gentes del ducado, y, sobre todo, del lugar que más significaba para él: Wolverstone. Ese castillo era mucho más que un simple hogar; las murallas tenían algo, cierta magia, que vibraba en la sangre de Royce, en su corazón, en su alma. Su padre lo sabía. De hecho, él sentía lo mismo.

A pesar de los dieciséis años transcurridos, mientras los caballos corrían a toda velocidad, Royce sintió la atracción, esa atracción visceral que se intensificó mientras atravesaba Sharperton, cada vez más cerca de Wolverstone. Le sorprendió un poco que fuera así, que, a pesar de los años, el conflicto y su propio carácter —no demasiado sentimental— aún pudiera sentirlo como... su hogar.

Que ese hogar todavía fuera lo que siempre había sido. Que aún le llegara al alma.

No lo esperaba, como tampoco esperaba regresar así, solo, a toda prisa, sin siquiera su fiel Henry, otro desterrado de Wolverstone, como compañía a lo largo de aquellos vacíos kilómetros.

El lunes, mientras organizaba los últimos archivos de Dalziel, planeó su regreso a Wolverstone. Imaginaba que viajaría con calma desde Londres, para llegar al castillo fresco y descansado, en condiciones para presentarse ante su padre y ver qué le depararía el futuro.

Imaginaba también que una disculpa de su padre quizá podría formar parte de esa escena. Había sentido curiosidad por ver algo así, aunque no hasta el punto de tenerlo en vilo.

Pero ya no lo sabría nunca.

Su padre había muerto el domingo y había dejado su desavenen-

cia, atroz y profunda —algo bastante natural, dado que ambos eran Varisey— sin curar, sin solucionar, sin enterrar.

Royce no había sabido si maldecirlo a él o al destino por dejarlo con aquella herida abierta.

A pesar de ello, enfrentarse a su pasado ya no era lo más urgente de su vida, porque tomar las riendas de un gran ducado como aquél tras dieciséis años de ausencia iba a exigir toda su atención, requeriría todas sus capacidades y la exclusión de cualquier otra cosa. Lograría el éxito —en ese aspecto no tenía ninguna duda, ni tampoco otra opción—, pero ignoraba cuánto tiempo necesitaría, qué coste supondría para él y cómo diablos iba a hacerlo.

«Se suponía que no debería haber sido así.»

Su padre estaba sano y bien para su edad, que ya pasaba de los sesenta años. No estaba enfermo, porque Royce confiaba en que, de haber sido así, alguien habría desobedecido la prohibición y lo habría informado. Su muerte había sido totalmente inesperada.

En su propia versión de su regreso, su padre y él habrían hecho las paces. Habrían establecido una tregua, fuera cual fuese el acuerdo al que hubieran llegado, y él habría empezado a ponerse al día sobre la propiedad para llenar el vacío entre la última vez que había estado en Wolverstone, a los veintiún años, y los treinta y siete que actualmente tenía.

En cambio, su padre se había ido, obligándolo a tomar las riendas a pesar del lapso de dieciséis años en su aprendizaje colgando como una losa alrededor del cuello.

Aunque tenía total confianza —la confianza propia de los Varisey— en que ocuparía el lugar de su progenitor de un modo más que adecuado, no estaba ansioso por asumir el mando de unas tropas desconocidas, en un terreno que habría cambiado de un modo imprevisible a lo largo de los últimos años.

Su carácter, al igual que el de todos los Varisey, en especial el de los varones, era formidable, con un genio tan afilado como los sa-

bles de antaño. Había aprendido a controlarlo mejor que su padre, a mantenerlo refrenado, como otra arma que podía usar para conquistar y vencer, de forma que ni siquiera quienes lo conocían bien podían ver la diferencia entre la leve irritación y la rabia letal. No a menos que él deseara que la vieran. El control de las emociones hacía tiempo que se había convertido en algo natural para Royce.

Desde que se había enterado del fallecimiento de su padre, ese carácter había estado allí, inquieto, irracional, violentamente hambriento de algún tipo de desahogo, consciente de que lo único que habría satisfecho esa necesidad, gracias al caprichoso destino, se le había negado para siempre.

Al no tener ningún enemigo al que atacar, del que vengarse, se encontraba andando sobre la cuerda floja, con sus impulsos e instintos fuertemente contenidos.

Atravesó Harbottle con semblante pétreo. Una mujer que caminaba por la calle lo miró intrigada. Aunque era evidente que él se dirigía a Wolverstone, ya que ese camino no llevaba a ninguna otra parte a la que un caballero de su clase pudiera ir, Royce tenía gran cantidad de primos y todos se parecían mucho. Por tanto, aunque la mujer se hubiera enterado de la muerte de su padre, era improbable que se diera cuenta de quién era él.

Desde Sharperton, la ruta seguía el cauce del Coquet. Por encima del repiqueteo de los cascos de los caballos, había oído el borboteo del agua sobre el lecho rocoso. Ahora el camino viraba hacia el norte y un puente de piedra cruzaba el río. El carruaje avanzó y Royce inspiró de forma tensa cuando se adentró en las tierras de Wolverstone.

Sintió que aquella indefinible conexión se reforzaba.

Se irguió en el asiento para estirar los largos músculos de la espalda y, dejando que los caballos redujeran el ritmo, miró a su alrededor.

Contempló las familiares vistas, todas grabadas en su memoria. La mayoría eran tal como las esperaba, exactamente como las recordaba, pero dieciséis años más viejas.

Más adelante atravesó el río Alwin por un vado. Cuando las ruedas del carruaje salieron del agua, agitó las riendas para que los caballos ascendieran la suave pendiente. El camino volvió a curvarse, esta vez hacia el oeste.

En el momento en que el coche llegó a lo alto de la pendiente, Royce hizo que los animales adoptaran un ritmo de paseo.

Los tejados de pizarra de Alwinton se veían justo al frente. Más cerca, a su izquierda, entre el camino y el Coquet, se encontraba la iglesia de piedra gris con su vicaría y tres casitas. Apenas se fijó en ella. Su mirada se dirigió más allá, al otro lado del río, hacia la enorme construcción gris que se erigía en todo su regío esplendor.

El castillo de Wolverstone.

La gran fortificación normanda de planta cuadrada, ampliada y reconstruida a lo largo de varias generaciones, continuaba siendo la parte central y dominante. Sus almenas se levantaban por encima de los tejados más bajos de las alas Tudor, ambas excepcionalmente curvadas, una hacia el oeste y luego hacia el norte y la otra hacia el este y después al sur. El castillo miraba al norte, directamente a un estrecho valle a través del cual, Clenell Street, uno de los pasos fronterizos, descendía desde las colinas. Ningún invasor o comerciante podría atravesar la frontera por aquella ruta sin pasar bajo la siempre atenta mirada de los Wolverstone.

Desde esa distancia podía distinguir poco más que las edificaciones principales. El castillo se erigía sobre una suave pendiente, por encima del cañón que el Coquet había excavado al oeste del pueblo de Alwinton. Los jardines se extendían al este, al sur y al oeste. Luego la tierra continuaba elevándose para formar, finalmente, unas colinas que protegían la fortificación al sur y al oeste, mientras que las Cheviot la defendían de los vientos del norte. Sólo desde el este, la dirección desde la que llegaba el camino, el castillo era vulnerable incluso a los elementos.

Ésa siempre había sido su primera vista del hogar. A pesar de todo lo sucedido, Royce sintió la conexión, notó cómo surgía una creciente oleada de afinidad.

Tiró de las riendas y detuvo los caballos. Luego volvió a agitarlas, haciendo que los animales avanzaran al trote, mientras él miraba a su alrededor incluso con más atención.

Campos de pasto, vallas, cultivos y casitas de campo aparecían en un orden razonable. Atravesó el pueblo, no mucho más grande que una aldea, sin detenerse. Los aldeanos lo reconocieron, algunos incluso lo saludaron, pero Royce aún no estaba preparado para charlar con ellos, para aceptar condolencias por la muerte de su padre. Aún no.

Otro puente de piedra atravesaba el profundo y estrecho cañón a través del cual el río se agitaba y borboteaba. Ese cañón era el motivo por el que ningún ejército había intentado siquiera tomar Wolverstone; la única vía de acceso era el puente de piedra, que podía defenderse fácilmente. Gracias a las colinas en todos los demás flancos, era imposible situar catapultas o cualquier otro tipo de mecanismo de asedio en ningún lugar que no estuviera al alcance de cualquier arquero medianamente capaz desde las almenas.

Royce cruzó el puente. El repiqueteo de los cascos de los caballos quedó amortiguado por el tumultuoso rugido de las aguas, que fluían turbulentas y salvajes por debajo. Igual que su temperamento. Cuanto más se acercaba al castillo, a lo que allí lo esperaba, más poderosa era la oleada de emociones, más perturbadora y molesta. Más hambrienta, vengativa y exigente.

La enorme verja de hierro forjado estaba abierta de par en par, como siempre. La representación de la cabeza de un lobo rugiendo en el centro de cada una de las puertas hacía juego con las estatuas de bronce que había sobre las columnas de piedra de las que colgaban.

Con un rápido movimiento de las riendas, las atravesó al galope. Como si percibieran el final de su viaje, los animales tiraron del arnés. Los árboles pasaron raudos junto a él, unos enormes y antiguos robles que bordeaban los campos a ambos lados del camino. Royce apenas se fijó. Su atención, todos sus sentidos, estaban centrados en la edificación que se cernía ante él.